

EDUARDO GALEANO: DIÁLOGO SOBRE *MEMORIA DEL FUEGO**

Presentación de Eduardo Galeano por Mercedes López-Baralt

Nos honra hoy la presencia de un latinoamericano cabal: Eduardo Galeano. Nació en Montevideo, donde se estrenó como dibujante. Aún hoy su firma va acompañada de un simpático cerdito, flor en boca. Poco después figura como periodista. Fue secretario de redacción de los semanarios uruguayos *El Sol* y *Marcha*, director editorial y fundador de la revista *Crisis* en Argentina, y autor de los libros *China, 1964: crónica de un desafío* y *Guatemala, país ocupado* (1967). Es mejor conocido entre nosotros como historiador. Su exitosísimo libro de 1971 sobre la historia del saqueo de nuestro continente mestizo, *Las venas abiertas de América Latina*, que recibiera mención como ensayo de Casa de las Américas, lleva ya numerosas ediciones: más de 30 en español, y traducciones al alemán, checo, inglés, francés, holandés, sueco, polaco, noruego, entre otras lenguas.

Así lo conocí yo allá por 1975, cuando su libro nos deslumbró a mí y a mis alumnos de literatura hispanoamericana, uno de los cuales, Reinaldo Marcos Padua, hoy poeta, escribió su poema "Implicación", a partir del relato de Galeano sobre los mecanismos del despojo de nuestro continente. Me permito recordar esto aquí, porque el enviarle yo ese poema por aquel entonces a Eduardo detonó la entrañable amistad que hoy nos une.

Eduardo Galeano es también un espléndido narrador de ficciones "verdaderas", que ha prohiado los libros de cuentos *Los fantasmas del día del león y otros relatos* (1967), *La ciudad como un tigre* (1972), *Vagamundo* (1973) y las novelas *La canción de nosotros* (1975) y *Días y noches de amor y de guerra* (1978), ambas Premio Casa de las Américas. Maestro de la palabra oral, con la que hace prodigios involuntarios, participó con el fallecido cantor de la Banda Oriental, Alfredo Zitarrosa, en el poema milongueado *Hoy desde aquí*, parte de una nueva edición, esta vez uruguaya, del disco *Guitarra negra*, al que prestó su hermosa voz y sus palabras. Sobre Zitarrosa hizo, con la autora de estas líneas, una entrevista para Radio Universidad de Puerto Rico, que saliera al aire en abril de 1989.

Hace poco publicó tres volúmenes con el título común de *Memoria del fuego: Los nacimientos, Las caras y las máscaras, y El siglo del viento*, un proyecto literario de largo alcance que conjuga historia, mito y poesía. Se trata de la gesta de

* Este diálogo, que tuvo lugar el 14 de diciembre de 1989 en el Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe de San Juan, formó parte de los *Nueve asedios al descubrimiento de América* que organizara para el P.E.N. Club de Puerto Rico la editora de este número de la *Revista de Estudios Hispánicos*.

América recreada desde la perspectiva de los vencidos, o, como dice el propio autor, vista nuevamente por los agujeritos de la pared. Mito e historia se ofrecen en viñetas breves y diáfanas en las que la erudición monumental que sustenta el trabajo no se hace explícita. A través de un lenguaje sencillo, que hermana conversación y poesía, Galeano elabora un mito sobre el mito, y nos acerca la historia. aguardamos con impaciencia su texto más reciente, *El libro de los abrazos*.¹

Una última palabra sobre Galeano. Más que al periodista, al historiador, al narrador, al poeta, al amigo, quiero celebrar aquí su espíritu libertario vencedor de exilios, hermano de la justicia, solidario de los perseguidos, optimista irredento y sobreviviente tenaz. Y decirlo con sus propias palabras:

Aplicaron un plan de exterminio. Arrasar la hierba. Arrancar de raíz hasta la última plantita todavía viva.

Regar la tierra con sal. Después, matar la memoria de la hierba. Estaba prohibido recordar. Se formaban cuadrillas de presos. Por las noches los obligaban a tapar, con pintura blanca, las frases de protesta que en otros tiempos cubrían los muros de la ciudad. Pero la lluvia, de tanto golpear los muros, iba disolviendo la pintura blanca. Y reaparecían, poco a poco, las porfiadas palabras. Fracasaron quienes prohibieron el agua. Porque no pudieron—porque nadie puede—prohibir la sed.

Con ustedes, Eduardo Galeano.

Eduardo Galeano: Hola. Buenas noches a todos. Estoy muy contento de estar otra vez aquí. No es mi primera vez en Puerto Rico ni será la última, espero, salvo que me salga muy mal, pero muy mal lo de esta noche. Y... la idea era armar un diálogo, crear un espacio de encuentro, un espacio compañero entre nosotros hoy en torno de estos tres volúmenes de *Memoria del fuego* y sus temas innumerables. O sea, que en lugar de una conferencia, que es una cosa aburridísima—yo nunca voy a las conferencias ni a los museos porque me duermo—me parece más vivo, más verdadero, inventar un diálogo a partir de las preguntas que vayan surgiendo. Como resulta siempre difícil ubicar al príncipe valiente capaz de romper el hielo con la primera pregunta, le pediré a Mercedes que se las arregle para abrir el juego. Y que a partir de ahí sean ustedes los que vayan preguntando y yo respondiendo, y que se vaya armando una conversación. En el fondo *Memoria del fuego* quiere ser una conversación, y todo lo que yo escribo está dirigido a los demás, palabras que quisieran encontrar personas que me devuelvan palabras. Y palabra va, palabra viene, se va creando algo así como un abrazo.

¹ *El libro de los abrazos* se publicó en 1989, por Ediciones del Chanchito, de Montevideo. (Nota de la editora)

Mercedes López-Baralt: ¿Cómo se te ocurre a ti esta idea de contar la historia de América, toda, desde los comienzos precolombinos hasta nuestra época, fundiendo historia documental, mito y creación literaria?

EG: Se me ocurre a partir de dos experiencias anteriores. Una es *Las venas abiertas de América Latina* que es un libro que me dio muchas alegrías y que me levantó del suelo cada vez que me caía por obra del desaliento, la sospecha y, a veces, la certeza de que escribir era una pasión inútil. Pero, que al mismo tiempo, me dejó algo así como una insatisfacción. Porque *Las venas* es un ensayo centrado en la economía política, una suerte de contrahistoria de la economía política en América Latina. Yo todo el tiempo sentía que la realidad era más rica y más compleja que eso. La economía política es una partecita nomás de la realidad. Y que la vida viva, la historia como memoria viva y la vida, vida del tiempo presente me invitaban a hacer otra cosa. Algo que abarcara otros espacios y que llegara más hondo y más lejos a partir del espacio abierto por *Las venas*. O sea, yo podía caminar sobre ese suelo buscando otras cosas. Tratando de ayudar a mirar. Yo creo que todo arte que vale la pena o la literatura que vale la pena, pero también toda pintura, todo teatro, cualquier forma de expresión artística que valga la pena, ayuda a mirar. Y yo no sé, pero para mí, no hay otro modo de mirar el universo que por el ojo de la cerradura. Yo creo que la única manera de mirar el universo, la única manera humana, es por el ojo de la cerradura. A través de las historias chiquitas se revela la grandeza, el horror y la belleza de la aventura humana en el mundo.

Quise contar la historia grande a través de la historia chica. Rescatar la historia no escrita, que era la única que de veras me interesaba y la única que no me aburría. Porque yo fui un pésimo estudiante de historia, el peor de todos, y no me arrepiento de haberlo sido. Yo no soy historiador. Merce, generosamente, me regaló el oficio en la presentación, pero yo no soy historiador ni lo quiero ser. Yo soy nada más que un escritor que tiene moscas que le zumban en la cabeza, preguntas sin respuestas, dudas, y que sabe que es bueno que eso ocurra. Que la duda es una señora fecunda que viene siempre embarazada. Y que esas preguntas, que parecen no tener respuesta, por peligrosas y jodidas que sean, a la larga, van ayudando a que uno cambie y van ayudando a que uno ayude a cambiar las cosas que tan patas para arriba están.

El otro libro del que la idea proviene es *Días y noches de amor y de guerra* que no es una novela, como dijo Mercedes, en el sentido de que cuenta cosas que ocurrieron. Es una suerte de testimonio, crónica, de lo que pasó. Una novela supone ficción y en *Días y noches* no la hay. Y *Memoria del fuego* tampoco contiene ficción, aunque contiene una

técnica de relato de narración habitualmente ligada al mundo de la ficción. Pero es una obra que tiene la inmensa alegría de reivindicar su condición de obra libre, no clasificable. A mí nunca me gustó que me confundieran con un insecto pero tampoco a las cosas que hago les gusta que las confundan con un insecto. Y yo no creo en los clasificadores de la palabra humana que la clavan contra la pared para poder controlarla, dominarla. Pienso que el mensaje humano es inapresable cuando es verdadero, vivo y loco y desbordador de las fronteras que los eruditos doctores dibujan para limitarnos, para encerrarnos, para dividirnos. La cultura dominante descuartiza lo que toca. Separa el alma del cuerpo como separa los géneros literarios entre sí. Dice: hasta aquí llega la poesía, aquí termina la novela, acá empieza el testimonio, esto es crónica, esto otro es ensayo, esto otro es cuento. Yo no creo en nada de eso. Y *Memoria* intenta rescatar la esencial unidad del mensaje humano como intenta rescatar la esencial unidad del pasado y el presente. El único pasado que me interesa es el pasado que se hace presente. El otro me mata de aburrimiento y sueño. Pero cuando yo descubro que hay voces de antes que suenan como de ahora y que dicen cosas que interesan al después, la cosa, el asunto, cambia. Entonces, *Memoria del fuego* intentó rescatar esas voces. Esas voces del pasado que ayudan a mirar, que ayudan a descubrirnos. Ahora que se acerca 1992, ¡pánico, horror, s.o.s.!, cataratas de discursos lloverán sobre nosotros. No está de más recordar que ya va siendo hora de que América empiece a descubrirse a sí misma. Hace cinco siglos que vienen haciéndole el favor de descubrirla afuera. Y los resultados no pueden ser más penosos. Entonces, yo quise, modestamente, escribir una obra que ayudara a esa tarea de autodescubrimiento a través de la revelación de las escondidas voces que valen la pena. Y esas voces no suenan en la historia oficial por la sencilla razón de que esa historia oficial es reflejo culto de la América boba.

Memoria del fuego quisiera ayudar a desembobarnos porque la principal enfermedad de estas tierras latinoamericanas es la bobería. Estamos gravemente enfermos de esa peste: la peste de la bobería que nos ha entrenado para despreciarnos a nosotros mismos y para ignorar lo que somos. Para escupir nuestra propia imagen en el espejo y para avergonzarnos de nuestra memoria. La historia oficial, escrita para justificar, por derecho de herencia, los privilegios de los privilegiados y los poderes de los poderosos, esa historia ha sido escrita por y para los blancos, los ricos, los machos y los militares. Yo soy blanco y soy macho pero no soy rico ni militar. Y ocurre que las voces cansadas de los blancos, los machos, los ricos, y los militares no tienen nada que decirme que valga la pena. En cambio, cuando se asoma al pasado de

América o al presente y sospecho que al futuro, uno descubre voces que de veras son elocuentes y bellas y esas voces resuenan en los lugares a los que jamás se asoma la cultura dominante. Y la historia oficial es una parte fundamental de la cultura dominante. La historia oficial es el armario donde la cultura dominante guarda sus viejos disfraces.

Hay un textito aquí, en el tercer tomo de *Memoria del fuego* que yo quiero leer ahora. Y creo que éste explica bien lo que quiero decir cuando digo que la palabra humana que vale la pena es la que ayuda a mirar. Es uno de los textos de *Memoria del fuego* que habla sobre ventanas. Ventanas que ayudan a mirar o que quisieran ayudar a mirar. Que van armando una especie de casa que se arma dentro del lector. El lector arma la casa que quiere a partir de las ventanas que el libro ofrece. Las ventanas son textos cortos que provienen de la realidad y a la realidad regresan multiplicados por la libertad creadora del escritor. Es un libro escrito con libertad creadora. Sin ninguna forma de límites. Pero los textos lucen al pie unos numeritos que remiten a fuentes documentales porque ninguna de las historias que la trilogía cuenta nació de la oreja de una cabra. Son todas historias reales que de veras ocurrieron y que yo cuento a mi modo y manera para que ellas respiren. Por eso el pasado está escrito en tiempo presente.

Una de las historias del tercer tomo que de veras ocurrió es algo que le pasó a un escritor norteamericano. Él lo contó en una entrevista al pasar y yo lo reconstruí a mi manera. Es un escritor que yo admiro y quiero. Murió hace poco tiempo. Se llamaba James Baldwin y era norteamericano, negro, de izquierda, homosexual y feo. No le faltaba nada al pobre Baldwin. Que sin embargo, creó una de las literaturas más poderosas del Norte de América en lo que va de siglo. Esto le ocurrió a él en 1944 en Nueva York. Y el texto se llama "Aprendiendo a ver":

Es medio día y James Baldwin está caminando con un amigo por las calles del sur de la isla de Manhattan. La luz roja los detiene en una esquina.

—Mira—le dice el amigo, señalando el suelo.

Baldwin mira. No ve nada.

Nada. Allí no hay nada que mirar, nada que ver. Un cochino charquito de agua contra el borde de la acera y nada más. Pero el amigo insiste:

—¿Ves? ¿Estás viendo?

Y entonces Baldwin clava la mirada y ve. Ve una mancha de aceite estremeciéndose en el charco. Después, en la mancha de aceite ve el arcoiris. Y más adentro, charco adentro, la calle pasa, y la gente pasa por la calle, los naufragos y los locos y los magos, y el mundo entero pasa, asombroso mundo lleno de mundos que en el mundo fulguran; y así, gracias a un amigo, Baldwin ve, por primera vez en su vida ve.

Yo escribí *Memoria del fuego* queriendo compartir con los demás

algunas cosas vividas. Ciego estaba antes de descubrirlas porque las vi en documentos o libros que había leído otras veces y no las había visto. Y a partir del momento en que comencé a verlas quise compartirlas y estos tres tomos son el resultado de esa intención.

MLB: Abrimos el diálogo a todos ustedes.

Pregunta: Yo quisiera saber cómo se aprende a ver.

EG: Se aprende a ver, yo no sé, yo también estoy ciego todavía, pero, digo, podemos empezar a vislumbrar por lo menos algunas cosas, algunas cositas que pueden ayudar a desembobarnos. Yo creo que se aprende a ver cuando se aprende a desconfiar. Es muy importante desconfiar. La desconfianza es una virtud humana importantísima. Cuando se aprende a desconfiar de lo que nos cuentan, de lo que nos enseñan. Recuerdo una historia que me contó un amigo que acabo de incluir en este libro nuevo que sale en estos días que se llama *Libro de los abrazos*. Se llama Miguel Bloom y es un pastor protestante. Me contó que cuando estaba estudiando teología, en la primera clase de psicología que les dieron a los estudiantes de teología, el profesor paseó un frasco por entre los alumnos: un frasco tapado. Después lo puso sobre el escritorio y lo destapó. Y les dijo: "Aquí hay un perfume muy fuerte. Yo quiero medirles la percepción. Quiero ver cómo funciona la percepción de ustedes. Así que levanten las manos a medida que vayan sintiendo el olor de este perfume". Pasó un momento, y se levantó una mano y otra, otra y otra. Treinta manos, treinta y cinco manos, una muchacha casi se desmayó y le dijo: Profesor, por favor, le pido, vamos a abrir la ventana, no doy más. No se podía más estar allí con aquel sofoco del perfume, verdad, ese perfume de olor espeso, agobiante que los estaba ahogando a todos los pobres muchachos. Bueno, el profesor, entonces, paseó el frasco destapado por toda la clase y les hizo oler de cerca el contenido del frasco que era agua. El frasco estaba lleno de agua. Y entonces él les dijo: "El primer paso para conocer es desconfiar".

Yo creo que está muy bien lo que dijo. Nosotros tendríamos que desconfiar todo el tiempo de los cuentos que nos cuentan para descubrir otras historias que son las que de veras nos ayudan a revelarnos el alma. A **revelarnos** el alma y a **rebelarnos** el alma. Con v corta y con b larga. Porque la revelación y la rebelión, la rebelión contra las jaulas, contra la mentira, contra la estructura de la impotencia, que nos condena a vivir una vida que no es la nuestra, son hermanas siamesas. Marchan juntas. Yo no tengo ninguna fórmula mágica para aprender a mirar. Pero sí creo que puedo decirles que *Memoria del fuego* fue escrita a

partir de la desconfianza en la historia oficial. La certeza de que la historia oficial cuenta mentiras por lo que dice y por lo que calla. Se miente también por omisión. Que en América las estatuas que sobran son casi tantas como las que faltan y que estamos entrenados para no vernos. Entonces, ayudar a mirar, ayudar a mirarnos, consiste en celebrar la otra historia, traicionada, oculta, mentida, mutilada. La que ha sido enterrada por error o infamia. Yo podría contarles un par de historias de la historia oficial de mi país. No soy rencoroso, pero la verdad es que yo sufrí mucho de chico por culpa de dos personajes. Yo y todos los uruguayos de varias generaciones. Los de ahora también. Una especie de sadismo, el de los adultos. Pobres niños. No se equivocó Bernard Shaw cuando dijo: "A los siete años tuve que interrumpir mi educación para ir a la escuela". Qué horror. En el aula, que era más chica que yo, había un único retrato. Que era de un señor flaco, de ojos finitos como cavados a cuchillo, con una cara de hijo de puta... Y esa era la imagen que nos acompañaba. La veneración por el "Padre de los pobres". Después había que formar en el patio. Sonaban las notas del himno nacional y se cantaba el himno. Yo soy patriota pero no porque crea en esas cosas. Sino porque creo en los mensajes que mi pie recibe cuando camina desnudo sobre la tierra donde nació. El himno nacional es horroroso. Tiempo después, años después,—las venganzas demoran—yo escribí *Memoria del fuego* y ahí incluí dos textos a propósito de esos dos personajes: el autor de la letra del himno y el Padre de los pobres. Los voy a leer, son chiquitos. Todos los textos del libro están situados. Tienen lugar y fecha. Este es de 1799, Montevideo. Y todos tienen base documental demostrable, comprobable. Está al pie para que se sepa que esto no es invento.

Francisco Antonio Maciel ha fundado el primer saladero de esta margen del Plata. Suya es, también, la fábrica de jabón y velas de sebo. Enciende velas de Maciel el farolero que anda por las calles de Montevideo, a la caída de la noche, antorcha en mano y escalera al hombro.

Cuando no anda recorriendo sus campos, Maciel revisa en el saladero las lonjas de tasajo que venderá a Cuba o al Brasil, o echa un vistazo, en los muelles, a los cueros que embarca. Suele acompañar a sus bergantines, que lucen nombres de santos, hasta más allá de la bahía. Los montevidianos lo llaman el *Padre de los pobres*, porque nunca le falta tiempo, y parece milagro, para dar socorro a los enfermos dejados de la mano de Dios, y a cualquier hora y en cualquier sitio el piadoso Maciel tiende el plato suplicando limosna para el Hospital de Caridad por él creado. Tampoco olvida visitar a los negros que pasan la cuarentena en las barracas de la boca del arroyo Miguelete. Él fija personalmente el precio mínimo de cada uno de los esclavos que sus barcos traen desde Río de Janeiro o La Habana. Doscientos pesos fuertes valen los que tienen dentadura completa; cuatrocientos los que saben artes de albañil o carpintero.

Maciel es el más importante de los comerciantes montevidianos especializados en el intercambio de carne de vaca por carne de gente.

Y el otro texto, de 1830, se refiere al autor del himno nacional. Se llama "La patria o la tumba".

El primer vate del Parnaso uruguayo, Francisco Acuña de Figueroa, se inició en las letras componiendo una oda, en octavas reales, a la gloria militar de España. Cuando los gauchos de Artigas tomaron Montevideo, huyó a Río de Janeiro. Allí brindó sus rimas de alabanza al príncipe portugués y toda su corte. Siempre con la lira a cuestas, don Francisco volvió a Montevideo, siguiendo a los invasores del Brasil, y se hizo rapsoda de las tropas de ocupación. Años después, al día siguiente del desalojo de las tropas brasileñas, las musas soplaron patrióticos decasílabos al oído de don Francisco, laureles de palabras para ceñir las sienas de los héroes de la independencia; y ahora el reptilíneo poeta escribe el himno nacional del país recién nacido. Los uruguayos estaremos por siempre obligados a escuchar sus versos de pie.

[Al terminar de leer su texto, falla el micrófono y alguien del público lo arregla. Aplauso general para el "técnico" improvisado. Continúa Galeano:]

Y esto es bien importante, porque él nos dio acá una pequeña lección, que viene muy bien, viene muy bien, porque esto es la clave de todo, ¿no?: él inventó. Inventó, se dio maña, inventó, imaginó, ¡No llamó a un técnico extranjero para que se haga cargo!

Y entonces, esto viene a cuento. Porque yo recién hablé de un par de estatuas que sobran. Y de esa especie de venganza de chinito que yo pude realizar años después de haber sufrido a costa de dos próceres falsos. Pero las estatuas que sobran son muchas, muchísimas. Y sin embargo son más las que faltan. Hubo un hombre que habló de este asunto. Hubo un hombre que dijo: o inventamos o estamos perdidos. Un hombre que acusó al que mandaba en el mundo de su tiempo por copión, por creer que la virtud humana más alta es la de parecerse al mono o al papagayo. Ese hombre fue Simón Rodríguez. A mi juicio, el pensador latinoamericano más importante del siglo pasado. Más importante que Martí, todavía, y que nadie conoce. Apenas si lo conocen en Venezuela, su país. Y poco o mal en los demás lugares. Porque don Simón, Simón Rodríguez, era y es un incómodo. Yo voy a leerles un textito sobre él. Pero primero voy a leerles un texto de él. Él fue maestro de Bolívar. Fue maestro de Bolívar cuando Bolívar era niño. Personaje mucho más interesante y mucho más fecundo, más positivo que Bolívar.

Bolívar fue un hombre lleno de contradicciones. Algunas de las contradicciones de Bolívar son bien graves, bien graves. Es una figura digna de todo respeto y la admiración de los latinoamericanos pero que hay que verla con todas sus luces y sus sombras. Bolívar vendió el Cerro Rico del Potosí a una empresa fantasmal de los ingleses, para pagar una parte de la deuda externa que ya por entonces acosaba a los

gobiernos hispanoamericanos recién nacidos. Y cuando todos recordamos que Bolívar no invitó a los Estados Unidos al Congreso de Panamá olvidamos que tampoco invitó a Haití, país al que le debía una gratitud muy especial porque había sido en Haití donde él había recogido dinero y armas para continuar su lucha de emancipación y había sido en Haití donde había descubierto, gracias a Pétion, al haitiano Pétion, que la lucha por la independencia no podía seguirse haciendo contra los esclavos sino por ellos. Y fue a partir de ese viaje a Haití donde Bolívar llega náufrago, derrotado, en las últimas, que Bolívar abre los ojos respecto de este detalle. No se le había ocurrido que había que liberar a los esclavos y hasta entonces, los esclavos habían peleado por España—con toda razón—contra los señores del cacao cuya causa Bolívar encarnaba.

Es [Bolívar] un personaje maravilloso. Por su coraje, por su imaginación, por el tamaño de su hazaña, por la dimensión increíble de su hazaña. Pero a mi juicio, es infinitamente menor que don Simón Rodríguez. Al que nadie conoce, nadie conoce. Que cometió dos delitos imperdonables: fue civil y fue original. Cuando Bolívar hace la constitución de Bolivia, país que lleva su nombre, la borda con infinito esmero y crea la constitución más perfecta de su tiempo. Recogía lo mejor de Grecia y Roma, lo mejor de la Constitución Francesa, de la Carta Magna Británica, de los textos norteamericanos. Lo mejor de lo mejor de todos los tiempos y lugares. Era una constitución absolutamente perfecta que tenía un único inconveniente: no tenía nada que ver con Bolivia. De modo que excluía al 96 ó 97% de los bolivianos y reservaba la ciudadanía para el 3 ó 4% restante. Porque entre otras cosas, la Constitución negaba los derechos ciudadanos a quien no supiera leer ni escribir.

Simón Rodríguez fue autor de muchos textos de los que pocos, muy pocos, sobrevivieron. Se quemaron en un incendio, desafortunadamente, las mejores palabras de él. Pero sobrevivieron cosas como ésta que les quiero leer porque son cosas del siglo pasado, de hace un siglo y medio, y me suenan tan actuales. Fíjense lo que decía don Simón Rodríguez hace un siglo y medio:

¡Vea la Europa cómo inventa, y vea la América cómo imita!

Unos toman por prosperidad el ver sus puertos llenos de barcos ... ajenos, y sus casas convertidas en almacenes de efectos ... ajenos. Cada día llega una remesa de ropa hecha, y hasta de gorras para los indios. En breve se verán paquetitos dorados, con las armas de la corona, conteniendo greda preparada "por un nuevo proceder" para los muchachos acostumbrados a comer tierra.

¡Las mujeres confesándose en francés! ¡Los misionerós absolviendó pecadós en castellanó!

La América no debe imitar servilmente, sino ser original.

Fíjense ustedes, dicho sea de paso, que don Simón habla de América queriendo decir América Latina, lo otro es los Estados Unidos. Pero cuando él habla de América, todavía en esa época se hablaba de América y América éramos nosotros. Después perdimos el nombre y todo lo demás, no, pero el derecho de llamarnos América, ahora en las traducciones hay que inventarlo, en las traducciones en inglés, porque América es los Estados Unidos. Pero en aquella época, no era así. Hasta el nombre perdimos por idiotas. Por esta peste de la bobería de la que hablaba antes y que don Simón supo señalar con tanta lucidez, con esta certera profecía que les estoy leyendo aquí. Bueno, dice:

La sabiduría de la Europa y la prosperidad de los Estados Unidos, en América, dos enemigos de la libertad de pensar. Nada quieren las nuevas repúblicas admitir, que no traiga el pase ... Los estadistas de esas naciones, no consultaron para sus instituciones sino la razón; y ésta la hallaron en su suelo. ¡Imiten la originalidad, ya que tratan de imitar todo!

¿Dónde iremos a buscar modelos? Somos independientes, pero no libres; dueños del suelo, pero no de nosotros mismos.

Abramos la historia: y por lo que aún no está escrito, lea cada uno en su memoria.

Este texto prodigioso y por supuesto absolutamente desconocido fue escrito hace un siglo y medio. Hace siglo y medio señalaba el desencuentro entre la realidad y sus dueños. Porque los dueños de la realidad, usurpadores de la independencia: generales, mercaderes, terratenientes, doctores de levita, creían que imitando, recitando ideas francesas, íbamos a convertirnos en franceses; que consumiendo mercancías británicas íbamos a convertirnos en ingleses; y que copiando leyes norteamericanas, íbamos a convertirnos en estadounidenses.

Hay un texto sobre él que está con éste. Si no les aburre mucho, porque esto se puede prolongar infinitamente. Cada rama tiene ramitas en sí. Hay dos textos que yo quisiera leer ahora. En torno a, es un personaje que yo quiero mucho. Uno es de 1851, en Latacunga. Aparece en el segundo tomo. Este me parece que es una especie de síntesis. Y otro, donde él está junto a Manuela Sáenz, la que fue amante de Bolívar, ya al fin de la vida de los dos. Murió viejo, don Simón. Viejo y solo.

—En lugar de pensar en medos, en persas, en egipcios, pensemos en los indios. Más cuenta nos tiene entender a un indio que a Ovidio. Emprenda su escuela con indios, señor rector.

Simón Rodríguez ofrece sus consejos al colegio del pueblo de Latacunga, en Ecuador: que una cátedra de lengua quechua sustituya a la de latín y que se enseñe física en lugar de teología. Que el colegio levante una fábrica de loza y otra de vidrio. Que se implanten maestranzas de albañilería, carpintería y herrería.

Por las costas del Pacífico y las montañas de los Andes, de pueblo en pueblo,

peregrina don Simón. Él nunca quiso ser árbol, sino viento. Lleva un cuarto de siglo levantando polvo por los caminos de América. Desde que Sucre le echó de Chuquisaca.

(Él era director de educación nombrado por Bolívar en Chuquisaca, y en un año revolucionó la educación en Bolivia, en el país recién nacido. Probablemente esa experiencia de don Simón en 1826 fue la más revolucionaria del mundo de su tiempo. Y Sucre, que era un excelente militar y un hombre de condiciones intelectuales no tan excelentes, luchó por no presentar sus cuentas con la debida prolijidad. Desde que Sucre lo echó de Chuquisaca—escándalo de la sociedad, la alta sociedad de Chuquisaca, que es tradicionalmente el centro de los doctores en Bolivia—acusaban a don Simón de dar clases de anatomía en cueros, y de mezclar lo que no debía ser mezclado: el pobre con el rico, y el macho con la hembra, el intelecto y la mano. Porque él enseñaba a pensar pero también enseñaba a hacer, y por lo tanto enseñaba a dudar, y enseñaba a crear. Y en sus escuelas remachaban todo el tiempo los martillazos de los carpinteros y de los herreros, y los alfareros, todo ese ruido, esa bullanga creadora de las actividades manuales tradicionalmente despreciadas por los intelectuales que son, como ustedes saben, gente de cabeza sin cuerpo. Que por eso se distinguen de los manuales, que a su vez son gente de cuerpo sin cabeza. Bueno, vuelvo al texto.)

Desde que Sucre lo echó de Chuquisaca, ha fundado muchas escuelas y fábricas de velas y ha publicado un par de libros que nadie leyó. Con sus propias manos compuso los libros, letra a letra, porque no hay tipógrafo que pueda con tantas llaves y cuadros sinópticos. Este viejo vagabundo, calvo y feo y barrigón, curtido por los soles, lleva a cuestas un baúl lleno de manuscritos condenados por la absoluta falta de dinero y de lectores. Ropa no carga. No tiene más que la puesta.

Bolívar le decía *mi maestro, mi Sócrates*. Le decía: *Usted ha moldeado mi corazón para lo grande y lo hermoso*. La gente aprieta los dientes, por no reírse, cuando el loco Rodríguez lanza sus peroratas sobre el trágico destino de estas tierras hispanoamericanas:

¡Estamos ciegos! ¡Ciegos!

Casi nadie lo escucha, nadie le cree. Lo tienen por judío, porque va regando hijos por donde pasa y no los bautiza con nombres de santos, sino que los llama Choclo, Zapallo, Zanahoria y otras herejías. Ha cambiado tres veces de apellido y dice que nació en Caracas, pero también dice que nació en Filadelfia y en Sanlúcar de Barrameda. Se rumorea que unas de sus escuelas, la de Concepción, en Chile, fue arrasada por un terremoto que Dios envió cuando supo que don Simón enseñaba anatomía paseándose en cueros antes los alumnos.

Cada día está más solo don Simón. El más audaz, el más querible de los pensadores de América, cada día más solo.

A los ochenta años escribe:

—*Yo quise hacer de la tierra un paraíso para todos. La hice un infierno para mí.*

Hay otro texto final que me gustaría leer sobre este personaje que yo quiero tanto. Y está ubicado en Paita, en el puerto peruano de Paita, en 1853. Es un pequeño desvío que hacemos. No tiene que ver directamente con el tema, como lo otro. Pero este libro está lleno de desvíos que tienen que ver. Porque así como la duda está llena de certezas que no sabe que contiene, también, muchas veces, uno se aproxima por caminos no sospechados, extraños, indirectos, a las cosas que busca. Muchas veces las encuentra sin saber que las estaba buscando. El texto se llama LOS TRES:

Ya no viste de capitana, ni dispara pistolas, ni monta a caballo. No le caminan las piernas y todo el cuerpo le desborda gorduras; pero ocupa su sillón de inválida como si fuera trono y pela naranjas y guayabas con las manos más bellas del mundo.

Rodeada de cántaros de barro, Manuela Sáenz reina en la penumbra del portal de su casa. Más allá se abre, entre cerros del color de la muerte, la bahía de Paita. Desterrada en este puerto peruano, Manuela vive de preparar dulces y conservas de frutas. Los navíos se detienen a comprar. Gozan de gran fama, en estas costas, sus manjares. Por una cucharita, suspiran los balleneros.

Al caer la noche, Manuela se divierte arrojando desperdicios a los perros vagabundos, que ella ha bautizado con los nombres de los generales que fueron desleales a Bolívar. Mientras Santander, Páez, Córdoba, Lamar y Santa Cruz disputan los huesos, ella enciende su cara de luna, cubre con el abanico su boca sin dientes y se echa a reír. Ríe con todo el cuerpo y los muchos encajes volanderos.

Desde el pueblo de Amotape viene, a veces, un viejo amigo. El andariego Simón Rodríguez se sienta en una mecedora, junto a Manuela, y los dos fuman y charlan y callan. Las personas que más quiso Bolívar, el maestro y la amante, cambian de tema si el nombre del héroe se cuele en la conversación.

Cuando don Simón se marcha, Manuela pide que le alcancen el cofre de plata. Lo abre con la llave escondida en el pecho y acaricia las muchas cartas que Bolívar había escrito *a la única mujer*, gastados papeles que todavía dicen: *Quiero verte y revertirte y tocarlo y sentirlo y saborearlo...* Entonces pide el espejo y se cepilla largamente el pelo, por si él viene a visitarla en sueños.

Pregunta: Los peruanos, los que hemos nacido indios, sabemos estas cosas que usted ha dicho tan elegantemente, pero porque las hemos vivido, por experiencia. Hemos llegado a las mismas conclusiones a las que usted ha llegado intelectualmente. ¿Cómo se puede llegar, desde el plano intelectual, a sentir?

EG: Le agradezco lo que dijo. Quisiera aclarar dos cosas. Primero, que *Memoria del fuego* no tiene conclusiones. Simplemente, quisiera ayudar a mirar, como dije, y por lo tanto acercar a los lectores historias que de veras ocurrieron, en su mayoría chiquitas, pequeñas historias, queriendo que esas historias se multipliquen dentro del lector, pero no a partir de las conclusiones del autor. Es un libro abierto. Esta trilogía

es una obra abierta, no una obra cerrada. No entiende la lectura como acto de consumo sino que la propone como gesta de creación. A partir de la convicción, que es una certeza de la razón pero también del corazón, de que cuando el acto creador vale la pena es un acto compartido. El lector lo comparte con el autor y esa es, quizás, la única prueba irrefutable de la calidad de un texto, si de veras es un texto desencadenante. Un texto capaz de multiplicar la capacidad de asombro, de imaginación, de quien lo lee. Si es capaz de encenderle puritos adentro, si es capaz de cambiarlo un poco, de desencadenarle su propia energía creadora... No creo en la literatura que entrega conclusiones porque eso me parece que sería algo así como dar la comida hecha. Pienso que lo que *Memoria del fuego* se propone es despertar el hambre, despertar las ganas de saber, las ganas de conocer. Quien conoce de verdad no conoce intelectualmente. Esta es la segunda aclaración que yo quería hacer. Pobre de mí si conociera intelectualmente. Triste pedacito de mí, sería yo, si sólo conociera intelectualmente. Es uno de los daños más profundos que la cultura dominante nos hace. Es justamente, el divorcio de la razón y el corazón. La cultura dominante ha dibujado una frontera guardada por celosos aduaneros que separan el universo de las emociones del mundo de las ideas.

Yo quisiera contar la vida viva, transmitiéndola tal como viene, tal como es. Mezclada siempre y en un lenguaje que fuera digno de una palabra que inventaron los pescadores de la costa colombiana. Cuando quisieron definir al lenguaje que dice la verdad, encontraron una palabra que me parece espléndida. La palabra **sentipensante**. Yo quisiera poder hablar y escribir en un lenguaje sentipensante. Que al mismo tiempo llegara a la razón y al corazón. Porque yo no creo que el hombre sea razón ni creo que sea corazón. Creo que es todo eso a la vez. Así como no creo en las demás fronteras trazadas por esta cultura del divorcio incesante que nos rompe en pedazos para poder manejarnos. No creo en la frontera que separa al pasado del presente ni en la que separa la vida pública de la vida privada ni en la que separa el lenguaje escrito del lenguaje oral, la vocación del trabajo o el trabajo de la vocación. No creo naturalmente en las fronteras que separan el alma del cuerpo como si fueran la bella y la bestia. Creo, sí, en la responsabilidad de mi oficio y esa responsabilidad germinada de la mejor manera por un descubrimiento que hice en una biblioteca. Muchos de los descubrimientos de *Memoria del fuego*, de los tres tomos, vienen de realidad y no de los libros. Yo caminaba mucho por todas partes. Soy patialegre y la mayor parte de las cosas provienen de la realidad que vi, de las gentes que conocí. Las ideas que creo se mezclan tanto con las gentes que quiero que muchas veces no se cuál es cuál. Pero también provienen de los libros que leí, de jornadas infinitas de

trabajo en las bibliotecas, clavado a las sillas.

Por eso siempre digo que *Memoria del fuego* fue un tormento del culo y una alegría de la mano. Al mismo tiempo, implicó un trabajo de investigación horrosamente pesado. Supo ser también, para mí, una alegría de la mano, una fiesta. Escribir *Memoria del fuego* fue una fiesta para mí porque yo, a medida que iba descubriendo a América me iba descubriendo a mí mismo. A medida que iba narrando, tal o cual hecho, personaje, iba sintiendo que todas esas cosas me habían ocurrido y que ahí estaban mis broncas y mis amores. Es una trilogía subjetiva que de antemano advierte al lector que ésta no es una historia objetiva, que el autor toma partido. Lo que me parece honesto. No creo en la neutralidad del mensaje humano. No creo en la objetividad de la historia ni de la cultura. Cuando no toma partido por acción lo toma por omisión. Pero siempre tomamos partido. Y no hay ninguna visión objetiva como no sea la visión que quizás pueda tener una piedra del mundo. Todas las demás visiones son subjetivas. Yo no me arrepiento de mi subjetividad. Soy incapaz de tomar distancia, por lo tanto tomo partido. Tengo los dientes chuecos de los golpes que recibí como consecuencia. Pero me gusta esta manera de ser y de vivir y es también mi manera de escribir. Yo no creo en la objetividad de ninguna obra de historia y no me pareció mal empezar por advertirlo. Esto es una obra subjetiva, con broncas y amores, donde el autor toma partido. Todo el tiempo está como jugando su propia suerte en la suerte de sus personajes que no le salieron de la imaginación sino que tienen todos una base real de apoyo, existieron de verdad.

Quiero leer un par de textitos a propósito de estas tres cosas: de la responsabilidad del escritor, de este curioso proceso que hace que uno tenga su nombre pero también tenga los nombres de todos sus personajes. Yo me llamo con los nombres de los miles y miles de personas que en esta trilogía aparecen. De algún modo me llamo con los nombres de todos. De los que me dan honor y de los que me dan bronca, de los que detesto y de los que quiero. Porque yo contengo dentro de mí la libertad y la jaula. Yo contengo dentro de mí al dictador y al rebelde, al inquisidor y al horrible. Yo contengo dentro de mí, como todos ustedes, un espejo de la tierra que por lo tanto a su vez contiene al cielo y al infierno. Voy a leer un par de textitos sobre esto. Uno que tiene que ver con esto de llamarse con los nombres de otro que es un texto sobre Pancho Villa situado en 1911 en los campos de Chihuahua. Es un retrato de Pancho Villa. Hay montones de retratos en *Memoria del fuego* pero este retrato es muy decidor de otras cosas. Sobre eso vamos a hablar después también. Siento que la historia habla un lenguaje de metáfora. Que cada cosa es el símbolo de otras, que estamos ciegos

para verlas y sordos para escucharlas, pero que en esos fulgores y sonidos están las claves de nuestro destino posible. PANCHO VILLA:

De todos los jefes norteros que han llevado a Madero a la presidencia de México, Pancho Villa es el más querido y querido.

Le gusta casarse y lo hace a cada rato. Con una pistola en la nuca, no hay cura que se niegue ni muchacha que se le resista. También le gusta bailar el tapatío al son de la marimba y meterse al tiroteo. Como lluvia en el sombrero le rebotan las balas.

Se había echado al desierto muy temprano:

—Para mí la guerra empezó cuando nací.

Era casi niño cuando vengó a la hermana. De las muchas muertes, que debe, la primera fue de patrón; y tuvo que hacerse cuatrero.

Había nacido llamándose Doroteo Arango. Pancho Villa era otro, un compañero de banda, un amigo, el más querido: cuando los guardias rurales mataron a Pancho Villa, Doroteo Arango le recogió el nombre y se lo quedó. Él pasó a llamarse Pancho Villa, contra la muerte y el olvido, para que su amigo siguiera siendo.

Esta es la clave de esta trilogía y del oficio de escribir, cuando el oficio de escribir sirve para la recuperación del tiempo que fue. ¿La recuperación del tiempo que fue como visita al Museo? No. La recuperación del tiempo que fue para que la gente siga siendo. Para recogerles uno los nombres y que sigan siendo todos los que fueron, porque entre otras cosas, América fue saqueada de su memoria. Así como le han usurpado el cobre, la plata, el petróleo, el oro, también le han usurpado la memoria. Y esa memoria es una memoria tan decidora y tan queredora que la aventura de recuperarla vale la pena si uno es capaz de identificarse con ella y de proyectarla hacia la vida viva de la gente de ahora, convertirla en vida cotidiana. ¿Cómo se hace eso, o cómo se intenta eso? Bueno, en mi caso eso se intenta a partir de la escritura. Yo soy un dinosaurio. Pertenezco al mundo de la escritura. Lo que llaman la galaxia Gutenberg, de la era Gutenberg. Y estoy muy contento de que sea así. Yo descubrí un texto en esa jornada de tormento de culo que les cuento, de un sacerdote católico, de un señor aburridísimo que vivió con los indios chiriguano en el sur de Bolivia a principio de este siglo. A mí me interesaba mucho ese texto porque correspondía a un ciclo de vida de este hombre entre la zona boliviana de los indios guaraníes. Los indios guaraníes son los indios que persiguen el paraíso en la tierra. Los buscadores de la tierra sin mal y sin muerte. No persiguen el paraíso en el más allá, sino en el más acá. Y mientras esperan que llegue, cantan y danzan. Entonces, leyendo ese libro... me acuerdo que fue en Madrid. Yo vivía en España en aquel tiempo. Entré de mañana y me lo leí en un día, y ya estaba en la agonía, al borde de la muerte. Un libro tan aburrido de un tema tan apasionante.

Hay gente que convierte en oro lo que toca y gente que convierte en mierda lo que ve. Yo no sé como es que se da eso pero se da. Los temas más excitantes, más maravillosos, condenados al aburrimiento total y completo, a dar sueño en lugar de dar energía de vivir. Cómo es posible. ¿Por qué es tan aburrida la literatura? Yo aquí también hablo como un hombre de izquierda. A veces la literatura de izquierda es un horror de aburrimiento. ¿Por qué somos tan aburridos todos? Todo lo que tocamos lo convertimos en aburrimiento. ¿Por qué no somos más divertidos que el enemigo? El hecho es que al final tuve mi esperada recompensa. Porque este libro aburridísimo, contenía un vocabulario, y se me ocurrió leerlo. Y en el vocabulario de voces chiriguanas había la mejor definición que he leído en mi vida de lo que es la responsabilidad del oficio de un escritor. Porque, resulta que ahí estaba la palabra “papel” y este cura—el autor—contaba cómo había sido que los indios habían descubierto el papel y le habían puesto nombre. Lo contaban muy mal. Yo lo reescribí, lo recreé, a mi manera, y les voy a leer este texto que creo que quedó por lo menos bastante mejor que la versión del cura y que para mí fue muy importante. Lo que cuento aquí es muy importante. La historia ocurrió en 1701 en el Valle de Salinas:

Los indios chiriguanos, del pueblo guaraní, navegaron el río Pilcomayo, hace años o siglos, y llegaron hasta la frontera del imperio de los Incas. Aquí se quedaron, ante las primeras alturas de los Andes, en espera de la tierra sin mal y sin muerte. Aquí cantan y bailan los perseguidores del paraíso.

Los chiriguanos no conocían el papel. Descubren el papel, la palabra escrita, la palabra impresa, cuando los frailes franciscanos de Chuquisaca aparecen en esta comarca, después de mucho andar, trayendo libros sagrados en las alforjas.

Como no conocían el papel, ni sabían que lo necesitaban, los indios no tenían ninguna palabra para llamarlo. Hoy le ponen por nombre [piel de Dios], porque el papel sirve para enviar mensajes a los amigos que están lejos.

Yo pienso en la alta responsabilidad, en un oficio que trabaja con la piel de Dios, enviando mensajes a los amigos que están lejos, a los que uno conoce y a los muchísimos más que uno no conoce y que se convierten en amigos a través del acto mágico de la lectura.

MLB: Estamos teniendo el placer de escuchar a Eduardo leer en voz alta muchos de sus textos. Yo creo que una de las cosas maravillosas que logra la trilogía es combatir el divorcio de palabra y voz, de lenguaje escrito y lenguaje oral, creado por la cultura dominante. Pienso, te pregunto, ¿la brevedad de cada episodio que tú narras en esta trilogía tiene que ver con esta cuestión de la oralidad, de leer esto en grupo?

EG: Sí. La trilogía ha sido escrita para ser leída en voz alta. Esa era la intención. Para ser leída en voz alta y compartida con otra gente. Yo

siempre leo en voz alta todo lo que escribo y es cuando lo leo en voz alta que descubro las faltas de lo que hago. Porque la literatura es una forma de música también. Además de ser literatura hay una musicalidad de la palabra. Que explica el hecho misteriosísimo de que a veces uno entienda a alguien que habla una lengua que no entiende. Y sin embargo lo entiende. Porque recibe sus vibraciones. Y esto porque el lenguaje también es música. Hay una musicalidad del lenguaje. La otra vez leí una entrevista que le hicieron a un crítico, profesor, poeta español: José María Olivero, donde él se quejaba, y con razón, de que en las clases de literatura y de idioma español de ahora ya no se hace lo que antes se hacía que era que los muchachos leyeran en voz alta. Ahora eso sería una antigüedad imperdonable. Era muy lindo leer en voz alta porque evidentemente es otro el sonido. La lectura secreta es un sonido. Cada cual lo tiene a su modo y manera. Pero el de la lectura en voz alta es otro. Tiene que ver con la música de las palabras. Entonces es muy lindo el que los muchachos desde chicos aprendan a conocer esa música de las palabras y a gustar de ella y que no reciban la literatura como un suplicio que los condena a aprenderse cosas de memoria, sino como una alegría. Una alegría porque tiene que ver con la más hermosa de las aventuras humanas que es la comunicación. Momento en el que uno intenta darse a otros, abrirse a otros, comunicarse con otros. Y uno sabe que ahí viene un salto mortal, que hay un abismo que separa, inevitablemente separa el deseo y el mundo. Las ganas de decir y la posibilidad de decir, pero que vale la pena intentar ese salto mortal a través del abismo que separa el deseo y el mundo. Y muchas veces uno tiene la sensación, hablando o escribiendo, de que esa distancia se ha acortado mucho. Se ha acortado tanto que uno siente que lo que quiere decir se parece muchísimo a lo que consiguió decir, y que lo que consiguió decir entró y se multiplicó en el oído de quien lo escucha.

Pregunta: En el primer volumen, en *Los nacimientos*, hay dos breves pasajes sobre la pareja, sobre el amor. Uno de ellos es EL GUAYACÁN y al volver la página, EL AMOR. Ambos me parecen muy hermosos, desde luego. El de EL GUAYACÁN me parece que plantea el movimiento de la pareja con mucha libertad, con mucha solidaridad, una posible liberación del ser humano. Pero en EL AMOR, no sé si me equivoco o no, pero me parece ver como una posible idealización del régimen patriarcal. Aunque es un pasaje realmente encantador, me parece que está idealizando una iniciativa de parte del macho que para mí es régimen patriarcal. Quisiera tu opinión. Y esto va un poquito más acá también, porque cuando tú hablabas de que tomabas partido, dependiendo de tu respuesta, pues también podríamos hablar de cómo se toma partido.

EG: No, no, está bien, y la trilogía yo creo que toma partido por la mujer. Yo creo que nadie es demasiado mejor que la sociedad que lo genera, y sin duda yo soy machista. Sin duda. Porque he sido generado por una sociedad machista. Pero al menos, creo que tengo una cierta conciencia de esa limitación vital que yo tengo que me impide llegar a comprender, llegar a conocer, llegar a descubrir plenamente a la mujer como persona. Porque yo he sido generado, fabricado por una cultura que la niega. Niega a la mujer aunque a veces la elogia. Desde chico yo escuché el elogio más frecuente. Y desde chico me pareció horroroso, o sea que yo como que tuve resplandores de cierta lucidez respecto de esta mutilación que todos sufrimos desde los primeros años y que nos impide comprender la condición humana en su dimensión real. La historia oficial latinoamericana escrita por y para los machos, donde la mujer cumple una función decorativa y nada más. Y desde chico yo escuché decir, como si fuera un elogio, "detrás de todo gran hombre hay una mujer". Y desde chico me pareció que eso reducía a la mujer a la dudosa condición de, a la espantosa condición de respaldo de silla. "Detrás de todo gran hombre hay una mujer". O sea, la mujer es un respaldo de silla del gran hombre, verdad, la compañera abnegada, la viuda ejemplar, la hija sacrificada, la sombra fiel del prócer. La realidad de la vida no es ésa. En el pasado americano hay mujeres asombrosas. *Memoria del fuego* quiso rescatar su memoria. Mujeres que, por ejemplo, encabezaron muchas de las revueltas más importantes de los indios y de los negros. Y que claro, a la hora de dar el parte de batalla, era una vergüenza para el jefe colonial español, portugués, inglés, holandés, francés, reconocer que había peleado contra una mujer. Y mucho peor reconocer que esa mujer a veces le había dado tremenda paliza. Como ocurrió por ejemplo, con las huestes cimarronas de Nani en Jamaica o como ocurrió con una cacica en el Perú en los tiempos de la sublevación de Tupac Amaru. Yo voy a leerles dos textos ... Un mito que se llama EL AMOR, que a mí me gusta. Puede ser que me haya quedado un poco machista, pero me gusta. Y otro texto revelador, creo, de la intención de *Memoria del fuego* que es una obra subjetiva, que intenta el rescate de los vencidos, y entre los vencidos están las mujeres. Yo voy a leer un texto que me parece revelador de cómo eso fue realizado. Pero primero quiero leer el mito del amor, que es el mito que te levantó, digamos, ciertas sospechas:

En la selva amazónica, la primera mujer y el primer hombre se miraron con curiosidad. Era raro lo que tenían entre las piernas.

—¿Te han cortado? —preguntó el hombre.

—No—dijo ella—. Siempre he sido así.

Él la examinó de cerca. Se rascó la cabeza. Allí había una llaga abierta. Dijo:

—No comas yuca, ni plátanos, ni ninguna fruta que se raje al madurar. Yo te

curaré. Échate en la hamaca y descansa.

Ella obedeció. Con paciencia tragó los menjunjes de hierbas y se dejó aplicar las pomadas y los ungüentos. Tenía que apretar los dientes para no reírse, cuando él le decía:

—No te preocupes.

El juego le gustaba, aunque ya empezaba a cansarse de vivir en ayunas y tendida en una hamaca. La memoria de las frutas le hacía agua la boca.

Una tarde, el hombre llegó corriendo a través de la floresta. Daba saltos de euforia y gritaba:

—¡Lo encontré! ¡Lo encontré!

Acababa de ver al mono curando a la mona en la copa de un árbol.

—Es así—dijo el hombre, aproximándose a la mujer.

Cuando terminó el largo abrazo, un aroma espeso, de flores y frutas, invadió el aire. De los cuerpos, que yacían juntos, se desprendían vapores y fulgores jamás vistos, y era tanta su hermosura que se morían de vergüenza los soles y los dioses.

Voy a leer otro texto que creo es revelador de lo que *Memoria* se propuso hacer en cuanto a las mujeres. Que es un texto sobre un personaje del que nunca nadie supo. Yo lo descubrí por casualidad en una colección de documentos editada por las feministas norteamericanas. Y a partir de esta documentación escribí este texto que se llama **SI ÉL HUBIERA NACIDO MUJER:**

De los 16 hermanos de Benjamín Franklin, Jane es la que más se le parece en talento y fuerza de voluntad.

Pero a la edad en que Benjamín se marchó de casa para abrirse camino, Jane se casó con un talabartero pobre, que la aceptó sin dote, y diez meses después dio a luz su primer hijo. Desde entonces, durante un cuarto de siglo, Jane tuvo un hijo cada dos años. Algunos niños murieron, y cada muerte le abrió un tajo en el pecho: los que vivieron exigieron comida, abrigo, instrucción y consuelo. Jane pasó noches en vela acunando a los que lloraban, lavó montañas de ropa, bañó montoneras de niños, corrió del mercado a la cocina, fregó torres de platos, enseñó abecedarios y oficios, trabajó codo a codo con su marido en el taller y atendió a los huéspedes cuyo alquiler ayudaba a llenar la olla. Jane fue esposa devota y viuda ejemplar; y cuando ya estuvieron crecidos los hijos, se hizo cargo de sus propios padres achacosos y de sus hijas solteronas y de sus nietos sin amparo.

Jane jamás conoció el placer de dejarse flotar en un lago, llevada a la deriva por un hilo de cometa, como suele hacer Benjamín a pesar de sus años. Jane nunca tuvo tiempo de pensar, ni se permitió dudar. Benjamín sigue siendo un amante fervoroso, pero Jane ignora que el sexo puede producir algo más que hijos.

Benjamín, fundador de una nación de inventores, es un gran hombre de todos los tiempos. Jane es una mujer de su tiempo, igual a casi todas las mujeres de todos los tiempos, que ha cumplido su deber en esta tierra y ha expiado su parte de culpa en la maldición bíblica. Ella ha hecho lo posible por no volverse loca y ha buscado, en vano, un poco de silencio. Su caso carecerá de interés para los historiadores.

Pregunta: Tengo que decir que lo que debemos los historiadores hacer es aprender a manejar la historia como lo hacen don Pepe Arrom, que también es historiador, y Eduardo Galeano. Pero la pregunta que quiero hacerle es sobre el término "América", y una intención que me parece ver en la trilogía, es la de rescatar el término "América" para todo el hemisferio, y de rescatar la memoria del suelo que tienen los americanos del Norte. La presencia de mitos esquimales, de mitos norteamericanos, la versión de James Baldwin que leyó hace poco tiempo, parece romper un poco ese maniqueísmo que deja excusada a la élite latinoamericana a base de que la culpa es del imperialismo. "Nosotros no somos responsables de nada". Por una parte, rescata el término. Me parece que *Memoria del fuego* corre entre una memoria latinoamericana y una memoria americana. ¿Es esa la intención? Porque si lo está haciendo me alegra mucho.

EG: Sí. Hubiera sido muy arbitrario, y a mi juicio virtualmente imposible, verdad, escribir una historia de América Latina que se detuviera en Río Bravo, en Río Grande. Yo no podría, por ejemplo, en la primera parte, donde están los mitos de fundación indígena, preguntarme si éste era un mito de Canadá o de Chile, porque estaba hablando de América. Como una unidad contradictoria, que abarca el norte también. Y son historias muy mezcladas. Yo voy a decir que yo hice dos giras por Estados Unidos donde hay versión inglesa publicada,² una traducción muy bella, muy bien hecha. En esa gira fui confirmando que, curiosamente, esta obra que está centrada en América Latina porque es la tierra que más me duele y más me da alegría, tiene también cierto sentido al norte, y que hay mucha gente que comparte como propia esta experiencia de búsqueda de esas voces del pasado que hablan al futuro. Y me sorprendió gratamente, lo digo sin ninguna pedantería. De la vanidad me curé hace ya muchos años, fue una enfermedad que tuve. Pero que ya no. Lo puedo decir con orgullo legítimo. Uno puede estar contento de las cosas que hace. Eso no tiene nada de malo. Me dio mucha alegría ver que yo había ayudado a rescatar algunos personajes de la historia de Estados Unidos que son desconocidos por el sello oficial y por la gente. Como por ejemplo a Charles Drew, que nadie sabe que murió de la peste. Me costó muchísimo a mí encontrar material sobre él. Le seguí la pista con un amigo negro, norteamericano que hace años me había hablado de él a propósito del racismo en la historia oficial. La cultura dominante está enferma de elitismo y de racismo. Al sur y al norte, al norte y al sur. Es mutiladora de la realidad, me permite ver sólo un pedacito, el pedacito blanco, el pedacito rico de arriba, de las cumbres

² Se refiere a *Memoria del fuego*, por supuesto. (Nota de la editora)

sociales y nos impide ver la realidad en su conjunto. Así como es machista también y por lo tanto sólo nos deja ver un pedacito de la humanidad y no la humanidad completa. Y así como es militarista, al norte y al sur, al sur y al norte, la historia oficial parece un desfile de héroes vestidos como recién salidos de la tintorería, de bronce o mármol, gentes que nada tienen que ver con nosotros. Entonces, este personaje del que me había hablado mi amigo cuando fui a Washington, fui a la librería, qué digo, a la Biblioteca del Congreso. (Esto es como un documento, un contrato que una vez que firmó Brasil, un contrato entreguista del petróleo, uno de esos contratos bochornosos que los latinoamericanos firmamos un día sí y otro tal vez, y que había sido tan claramente traducido del inglés que habían traducido "policy" como "policía" en lugar de "política".) Entonces me puse a buscar, en la Biblioteca del Congreso, qué había sobre Charles Drew. Había muy poca cosa, casi nada. Lo que había eran unos folletitos como en zapatillas, mal impresos, mal hechos. Este es un gran personaje de la humanidad. Fue el que perfeccionó el plasma, o sea, el que hizo la transfusión de sangre. Él no la inventó pero fue el que perfeccionó las investigaciones que se estaban haciendo y el que puso en práctica esto, por lo tanto es el hombre que ha salvado millones y millones de vidas humanas. Desde la Segunda Guerra Mundial fue que puso en práctica su hallazgo, su gran conquista. Y ahí, leyendo, leyendo, descubrí otras cosas. Por eso vale la pena esta tarea de andar buscando y hurgando. Encontré lo que buscaba, datos biográficos, pero encontré mucho más de lo que buscaba. Encontré cosas que no sabía qué eran y que vale la pena contar, vale la pena contar. En 1942, cuando los Estados Unidos entran en la guerra, después de Pearl Harbor, empiezan los heridos en los campos de batalla y la Cruz Roja Norteamericana comienza a recoger sangre para transfusiones y prohíbe la transfusión de sangre negra para que la odiada mezcla de raza no se haga por inyección, para que lo que el Ku Klux Klan había logrado evitar en la cama no ocurriera en el hospital. Entonces, el Director de la Cruz Roja Norteamericana renuncia a su cargo. El director era Charles Drew, que era negro.

Esta historia, que reconocerán ustedes no es una mala historia, que es una historia que se las trae, que vale la pena contar, en Estados Unidos no se conoce.

Yo no espero que ustedes anden diciendo qué maravilla que soy, que vine a contarles a ellos cómo es su verdadera historia. Simplemente les quiero decir que ellos no son ajenos a nosotros ni nosotros a ellos y que en el fondo está todo revuelto. Y hay montones de gentes lindísimas en Estados Unidos con las que yo me entiendo de lo más bien, que no tienen nada que ver con el imperialismo. Y en esto hago

mías las palabras que Juan Bosch dijo de sabia manera cuando la invasión de Santo Domingo. Ustedes saben que mientras 41,000 marinos invadían las calles de Santo Domingo y las cubrían de sangre, Juan Bosch, el presidente legítimo de ese país por cuyo regreso al poder se había alzado el pueblo dominicano, estaba virtualmente preso en Puerto Rico. Los norteamericanos, el gobierno de Estados Unidos, en la época de Lyndon Johnson, no lo dejaban volver a su tierra. En ese momento, cuando él se paseaba como un león enjaulado entre cuatro paredes, suena el teléfono y un periodista de los Estados Unidos le pregunta por qué él es antiyanqui. Y Juan Bosch contestó: "Nadie que haya leído a Mark Twain puede ser antiyanqui. Yo soy antiimperialista, que es otra cosa".

A propósito de la segunda parte de tu comentario, lejos de mí la intención de denigrar el oficio de historiador. Tengo el más alto respeto por el oficio de historiador, y si no hubiera sido por los libros de historia que existen *Memoria del fuego* no hubiera podido escribirla jamás porque la mayor parte de la documentación proviene de los libros de historia. Simplemente ocurre que cuando yo digo que no soy historiador, no es por hacerme el vivo. Lo digo de verdad, porque no es mi disciplina, científica, digamos. Yo soy un escritor preocupado por la realidad. La realidad de sí mismo, la realidad de la gente que lo rodea, la realidad de estas tierras que a veces parecen malditas por algún dios cruel. Preocupado por descifrarlas, preocupado por conocerlas a partir del amor, que como se sabe es hermano siamés del odio, porque nadie que ame la libertad puede no odiar la jaula. Nadie que se sienta identificado con los mal comidos, con los mal dormidos, con los humillados de la tierra puede no sentir legítimo odio contra los responsables de esa situación. Porque esos malcomidos, esos maldormidos, esos humillados no están así porque lo quiera Dios o porque lo quiera el diablo. Calumnian a Dios y calumnian al diablo quienes les atribuyan la orden. Están así por culpa de un sistema internacional de poder que tiene estructuras en funcionamiento, que hacen que nosotros, los habitantes de estas tierras del sur padezcamos la historia en lugar de hacerla. Cuanto más pagamos, menos tenemos. Cuanto más vendemos, menos cobramos y con una mano nos prestan lo que con la otra nos roban.

Soy un escritor preocupado por la suerte de la gente que quiere y de las tierras que quiere, no un historiador, un escritor preocupado por la realidad, por el horror y la maravilla de la realidad. Estas son tierras donde lo real-maravilloso está en el exacto centro de lo real-horroroso y cualquier visión del horror o de la maravilla que oculte la otra mitad, es una visión falsa, mutilada de la realidad. Cuando uno se asoma a la historia de América, uno descubre que la violencia está siempre

acompañada por la ternura, que la muerte tiene siempre al lado algún nacimiento, que lo peor de nosotros está siempre junto a lo mejor. Tierra ubicada entre el infierno y el cielo que contiene al infierno y al cielo del mismo modo que la máscara de Eleguá, el dios afro cubano lleva la vida en la cara y la muerte en la nuca. Y del mismo modo que Chu, la divinidad afrobrasileña tiene dos cabezas: una capaz de bendición y consuelo y la otra capaz de agresión y venganza. Tiene la doble cabeza, la cabeza de Satanás de los infiernos y también la cabeza de Jesucristo de los cielos. Y del mismo modo, la realidad nuestra es una realidad así. Una realidad de dos cabezas o de muchas cabezas y yo me siento desafiado por esa realidad. Por esa realidad que quisiera denunciar y a la vez celebrar. Esa realidad que me duele y que es también responsable de mis más altas alegrías. Esa realidad que me habla un lenguaje de metáfora. Y a esto quería llegar. Por qué digo que soy escritor y no historiador. Porque *Memoria del fuego* es una obra que simplemente se propone recuperar las metáforas que la historia cuenta. La historia como realidad, como realidad que fue, anunciadora de la realidad que es, quizás también anunciadora de otra realidad posible: la que será, la que podemos hacer. La que quizás seamos capaces de inventar, si no somos sordos a las viejas palabras de don Simón Rodríguez. Y si la historia habla de metáforas es porque ella quiere que le escuchemos. Yo decía hoy a propósito de alguna otra cosa, que cada cosa es el símbolo de otra, o de otras. La realidad, la vida cotidiana, está llena de símbolos. Cada cosa que ocurre es un símbolo. Cada cosa que ocurre es una metáfora. No hay mejor poeta que la realidad. La realidad es la mejor poeta de sí misma quizás porque es una señora tan loca, porque es una loca de remate, tan capaz de disparate, tan capaz de horror, tan capaz de maravilla.

Yo quisiera terminar hoy esta conversación con ustedes leyendo algunos textos que tienen que ver con eso. En realidad, todos los textos de *Memoria del fuego* son como metáforas de la realidad. Recogen el momento mágico en que la realidad cuenta algo, ocurre algo, acontece algo, ella cuenta algo, que permite entender lo demás, que echa luz sobre la oscuridad del universo, que súbitamente nos ilumina a nosotros que tan ciegos estamos, tan precisados de luces estamos. Si pudiéramos aprender a ver, aprender a mirar como Baldwin empezó a mirar gracias a aquel amigo que lo acompañaba una tarde de 1944 caminando por las calles de New York. Escuchar a la realidad, saber que ella es también misteriosa, pero que habla a veces con una claridad y una capacidad de belleza...

Quiero leer unos textitos con los cuales vamos a terminar para que vean lo que quiero decir. Por ejemplo, este texto ubicado a principio del siglo XVIII, en la Guayana Holandesa. Se refiere a los cimarrones. Una

parte donde se habla de los esclavos cimarrones, y de lo que pasaba con las esclavas que huían. Es muy interesante esto:

Por mucho negro que crucifiquen o cuelguen de un gancho de hierro atravesado en las costillas, son incesantes las fugas desde las cuatrocientas plantaciones de la costa de Surinam. Selva adentro, un león negro flamea en la bandera amarilla de los cimarrones. A falta de balas, las armas disparan piedritas o botones de hueso; pero la espesura impenetrable es la mejor aliada contra los colonos holandeses.

Antes de escapar, las esclavas roban granos de arroz y de maíz, pepitas de trigo, frijoles y semillas de calabazas. Sus enormes cabelleras hacen de graneros. Cuando llegan a los refugios abiertos en la jungla, las mujeres sacuden sus cabezas y fecundan, así, la tierra libre.

Otro episodio un siglo después, 1811, cambiando de lugar para que vean qué es lo que quiero decir. En 1811, en Buenos Aires:

Eran dos: una pluma y una voz. Un Robespierre que escribía, Mariano Moreno, y otro que hablaba. *Todos son perversos*, decía un comandante español, *pero Castelli y Moreno son perversísimos*. Juan José Castelli, el gran orador, está preso en Buenos Aires.

Usurpada por los conservadores, la revolución sacrifica a los revolucionarios. Se descargan las acusaciones: Castelli es mujeriego, borrachín, timbero y profanador de iglesias. El prisionero, agitador de indios, justiciero de pobres, vocero de la causa americana, no puede defenderse. Un cáncer le ha atacado la boca. Es preciso amputarle la lengua.

La revolución queda muda en Buenos Aires.

Es un momento perfecto para la historia. Un momento en que la Revolución de Mayo, un año después de ocurrir, pierde energía creadora, usurpada por los mercaderes, y el orador, la palabra, la voz de la revolución, se queda muda porque un cáncer le ataca la boca y le corta la lengua. Es una metáfora perfecta. La Revolución estaba muda y su vocero también.

Un par de textitos más recientes. Uno ocurrió en mi país en los años de la dictadura militar, y que se refiere de algún modo,—es una metáfora optimista—porque se refiere a la porfiada y pícara manera de sobrevivir de la memoria popular que no hay dictadura, ni imperio, ni amnesia que pueda con ella y a la porfiada y pícara manera de sobrevivir de las voces más bellas de la vida. Esas voces que parecen a veces apagadas por tanta carga de muerte como soportan estas tierras condenadas a la violencia, a la humillación, al incesante derramamiento de sangre. Fíjense ustedes lo que pasó en 1976 en una cárcel llamada Libertad. Por traición al lenguaje, como es normal en América Latina donde las cosas significan lo contrario de lo que dicen. Significan. Eran los tiempos de la dictadura militar:

Los presos políticos uruguayos no pueden hablar sin permiso, silbar, sonreír, cantar, caminar rápido, ni saludar a otro preso. Tampoco pueden dibujar ni recibir dibujos de mujeres embarazadas, parejas, mariposas, estrellas ni pájaros.

Didaskó Pérez, maestro de escuela, torturado y preso *por tener ideas ideológicas*, recibe un domingo la visita de su hija Milay, de cinco años. La hija le trae un dibujo de pájaros. Los sensores se lo rompen a la entrada de la cárcel.

Al domingo siguiente, Milay le trae un dibujo de árboles. Los árboles no están prohibidos, y el dibujo pasa. Didaskó le elogia la obra y le pregunta por los circulitos de colores que aparecen en las copas de los árboles, muchos pequeños círculos entre las ramas:

—¿Son naranjas? ¿Qué frutas son?

La niña lo hace callar:

—Ssšhhhh.

Y en secreto le explica:

—Bobo. ¿No ves que son ojos? Los ojos de los pájaros que te traje a escondidas.

Leería un texto final si no les parece mal. Es chiquito porque me parece que es de los textos que más claramente contienen esta cualidad decidora de los hechos que la realidad cuenta para decirse y para que aprendamos a verla. Ubicado entre Buenos Aires y Lima en el año 83, cuando ya estaba terminando la dictadura militar, entonces aparecieron las abuelas de la Plaza de Mayo, las abuelas detectives, buscando y muchas veces encontrando los nietos perdidos que habían sido repartidos como botín de guerra entre los vencedores de tal modo que muchos niños tenían por padres y tienen todavía por padres a los asesinos de sus padres. Entonces en ese momento, hay un caso que reconocí. Conozco a los dos personajes de esta historia, a la niña y a su madre:

Tamara Arce, que desapareció al año y medio de edad, no fue a parar a manos militares. Está en un pueblo suburbano en casa de la buena gente que la recogió cuando quedó tirada por ahí. A pedido de la madre, las abuelas emprendieron la búsqueda. Contaban con unas pocas pistas. Al cabo de un largo y complicado rastreo, la han encontrado. Cada mañana, Tamara vende querosén en un carro tirado por un caballo, pero no se queja de su suerte; y al principio no quiere oír hablar de su madre verdadera. Muy de a poco las abuelas le van explicando que ella es hija de Rosa, una obrera boliviana que jamás la abandonó. Que una noche su madre fue capturada a la salida de la fábrica, en Buenos Aires...

Rosa fue torturada, bajo control de un médico que mandaba parar, y violada, y fusilada con balas de foguero. Pasó ocho años presa, sin proceso ni explicaciones hasta que el año pasado la expulsaron de la Argentina. Ahora, en el aeropuerto de Lima, espera. Por encima de los Andes, su hija Tamara viene volando hacia ella.

Tamara viaja acompañada por dos de las abuelas que la encontraron. Devora todo lo que sirven en el avión, sin dejar una miga de pan ni un grano de azúcar.

En Lima, Rosa y Tamara se descubren. Se miran al espejo, juntas, y son idénticas: los mismos ojos, la misma boca, los mismos lunares en los mismos lugares.

Cuando llega la noche, Rosa baña a su hija. Al acostarla, le siente un olor lechoso, dulzón; y vuelve a bañarla. Y otra vez. Y por más jabón que le mete, no hay manera de quitarle ese olor. Es un olor raro ... Y de pronto, Rosa recuerda. Este es el olor de los bebitos cuando acaban de mamar: Tamara tiene diez años y esta noche huele a recién nacida.

Y yo creo que este texto es revelador de mi certeza más honda. Que esta tierra americana tan jodida y rejodida, tan escupida, violada, maltratada, huele, todavía, a recién nacida. Nada más.

Eduardo Galeano
Montevideo